

SOSPECHOSOS EN LA VERDAD DE LO QUE PASA ANTE ELLOS

LOS ESCRIBANOS DE LA CORTE EN EL SIGLO DE ORO: SUS IMPERICIAS, ERRORES Y VICIOS*

ENRIQUE VILLALBA**

Dos oficios hallo yo, que a mi parecer avian de exercerse por hombres de buen linaje y de satisfacción: el uno es el del boticario, de cuya sola confiança dependen las vidas de los hombres, y el otro el del escribano, de quien dependen vidas, honras, y haziendas, porque el uno con la pluma, y el otro con la purga matan callando, mas que un exercito de enemigos combatiendo.

Castillo de Bovadilla, *Política para corregidores...*

I. ESCRIBANOS Y NOTARIOS. ANTECEDENTES

AUNQUE no es el objeto de este trabajo, comenzaré por hacer algunas referencias —creo que necesarias, espero que útiles— sobre el oficio de escribano, su evolución y funciones, los distintos tipos y su relación con la escritura. Si bien, de manera inevitable, al comenzar a escribir sobre ello se adelanta al primer plano la sombra del poder. Poder que se impone en gran medida como vertebrador de estas ideas, como trataré de explicar.

* Una versión de este artículo fue, en parte, expuesta en la conferencia pronunciada en el Seminario *Litterae* V, el 29 de mayo de 2002, en la Universidad Carlos III de Madrid, con el título «Usos y abusos de la escritura: los escribanos de la Corte en el Siglo de Oro».

** Universidad Carlos III de Madrid, evillal@hum.uc3m.es

Y es que es esta cuestión en la que se entrelazan el estudio de la Administración y las instituciones en la época de los Austrias, el de los comportamientos sociales en la Corte y el de algunas prácticas profesionales —y también las que van más allá de lo profesional y aún de lo legal— relacionadas con la escritura. Y el poder, las regulaciones que establece, los intentos de burlarlo sirviéndose abusivamente de él, los sistemas de control y autocontrol que genera..., está presente en todos esos caminos.

Pero hemos de ponernos en marcha por algunos de ellos. Como es bien sabido, y destacan recientes trabajos¹, la escritura es —desde su mismo origen— una tecnología, un instrumento logístico al servicio del poder —religioso, político, etc.— y de la administración.

La trascendencia que la escritura adquirió especialmente en la vida administrativa y económica romana incorporándola a sus estructuras y tradiciones, decayó con las transformaciones históricas del comienzo de la Edad Media y el descrédito y desinterés por las prácticas lecto-escriturarias en beneficio de la transmisión oral, con la consiguiente reducción del número de profesionales de la escritura.

A la evolución medieval —sobre todo desde el siglo XII— le acompañó un desarrollo de la escritura. Indudablemente se produjo un proceso de recuperación, jalonado por la utilización del papel y la aparición de la imprenta hasta culminar, con la transición a los tiempos modernos, en la constitución de esa ya muy citada «civilización de lo escrito».

En consonancia con ello, los profesionales de la escritura pasaron también por momentos de auge para dar respuesta a las necesidades derivadas de la ocupación de numerosos espacios —públicos y privados— por la palabra escrita.

No olvidemos que ese gozne histórico con el que comienza la Modernidad supone también transformaciones culturales trascendentales y, sobre todo —por lo que aquí nos atañe— el momento de formación de las modernas monarquías

¹ Véase especialmente el excelente trabajo de Elisa Ruiz, «El poder de la escritura y la escritura del poder», en *Orígenes de la Monarquía Hispánica: Propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*, dir. José Manuel Nieto Soria, Madrid: Dykinson, 1999, pp. 275-313. También, entre los más recientes, Fernando Bouza, «Escritura, propaganda y despacho de gobierno», en *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, ed. Antonio Castillo, Barcelona: Gedisa, 1999, pp. 85-110; Antonio Castillo, «Entre la necesidad y el placer. La formación de una nueva sociedad del escrito (siglos XII-XV)», en *Historia de la Cultura Escrita. Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*, coord. Antonio Castillo, Gijón: Trea, 2002, pp. 179-233; Pedro Luis Lorenzo Cadarso, *El documento real en la época de los Austrias (1516-1700)*, Cáceres: Universidad de Extremadura, 2001; Diego Navarro Bonilla, «Todo por escrito: prácticas administrativas y conciencia documental en la España moderna», en prensa.

nacionales y todo lo que eso conlleva en el campo de la institucionalización del poder real a través de leyes, organismos y prácticas. Las consecuencias de combinar estas nuevas perspectivas del poder político con las posibilidades de la escritura son fáciles de suponer. Y el lugar nuclear que en tal contexto debieron ocupar los escribanos, también.

El desarrollo de la figura y el papel de los notarios o escribanos públicos² desde los siglos plenomedievales, se observa de modo inequívoco, particularmente desde tiempos de Alfonso X, recogido en su obra legislatora. «El escribano o notario público era un oficial del rey, que ejercía un oficio de índole técnica y con carácter vitalicio, siendo su función la de redactar las notas y confeccionar y autorizar los instrumentos públicos que documentaban los actos municipales, judiciales y entre particulares no atribuidos a oficiales especiales»³. Dado que la escritura conservaba la memoria de los hechos, los encargados de redactar y conservar las escrituras públicas habían de ser honrados, inteligentes, fieles y discretos. Si reunían dichos requisitos, disfrutarían de la confianza y estima reales; pero si no estaban a la altura de la responsabilidad que se les había encomendado, alterando la integridad del depósito, haciendo dejación de los documentos o difundiendo su contenido indebidamente, incurrían en una suerte de traición, que sería castigada en consecuencia⁴.

2 Como bibliografía general, pueden consultarse: María Jesús Álvarez-Coca, «La fe pública en España. Registros y notarías», *Boletín de la ANABAD*, XXXVII (1987), pp. 7-68.; Manuel Andrino Hernández, «La presencia notarial en el Madrid de los Austrias», en *Historia y documentación notarial en el Madrid del Siglo de Oro*. (Jornadas, Madrid, 2 a 4 de junio de 1992), dir. y coord. Antonio Eiras Roel, Madrid: Consejo General del Notariado, 1992, pp. 185-252; Filemón Arribas Arranz, «Los escribanos públicos en Castilla durante el siglo XV», en *Centenario de la Ley del Notariado*. Sección 1ª: estudios históricos. Madrid, 1964, vol. I, pp. 165-260; José Bono Huerta, *Historia del Derecho notarial español*, 2 vols. Madrid, 1979, 1982; Tamar Herzog, *Mediación, archivos y ejercicio. Los escribanos de Quito (siglo XVII)*, Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1996; José Martínez Gijón, «Estudios sobre el oficio de escribano en Castilla durante la Edad Moderna», en *Centenario de la Ley del Notariado*. Sección 1ª: estudios históricos. Madrid, 1964, vol. II, pp. 264-340; Antonio Matilla Tascón, *Noticias de escribanos y notarios de Madrid*, Madrid, 1989; M.ª del Pilar Rábade Obradó, *Orígenes del notariado madrileño: los escribanos públicos en el siglo XV*, Madrid: Colegios Notariales de España, 2001.

3 En definición de A. Rodríguez Adrados, «El derecho notarial en el Fuero de Soria y en la legislación de Alfonso X el Sabio», *Revista de Derecho Notarial*, II (1965), pp. 29-62, citado por M.ª Pilar Rábade, *Orígenes del notariado madrileño: los escribanos públicos en el siglo XV*, p. 41.

4 Las disposiciones de las *Partidas* al respecto (*Partidas*, VII, 7,1) están glosadas en Alberto Du Boys, *Historia del Derecho Penal en España*, Madrid: Imprenta de José Mª Pérez, 1872, p. 286.

Si fueron las cancellerías las que se ocuparon de las necesidades documentales de sistemas jurídicos y administrativos cada vez más burocratizados, necesariamente ello supuso una institucionalización de oficios y competencias, de modo que la responsabilidad última sobre la documentación era asumida por el canceller, mientras de la confección de borradores y minutas se ocupaban los notarios, y la puesta por escrito correspondía a los escribanos⁵.

Fruto de la íntima combinación entre el registro escrito y la gestión de la fe pública confiada a los notarios, en los siglos XIII y XIV se formaron los primeros protocolos. El afianzamiento de la documentación notarial fue un paso más en «la creciente extensión de la lógica de la escritura», de modo especial cuando se reconoció a ésta idéntico valor que a las escrituras selladas en las cancellerías real o curial (decretal *Scripta autentica* de Alejandro III, 1167-1169)⁶.

Como dijimos, las escribanías eran oficios de nombramiento real con carácter vitalicio, pero, desde los Reyes Católicos, podían ser de hecho hereditarios, gracias a la práctica de la renunciación⁷. Todas sus funciones y obligaciones eran «de carácter actuario y la exclusiva de los receptores es la de recibir las probanzas de cualesquier pleitos que hubieran de hacerse fuera del lugar de residencia de las Chancillerías»⁸. El oficio de escribano debía ser ejercido personalmente, aunque algunos lo hacían a través de lugartenientes, estando expresamente prohibido servirse de sustitutos, como lo estaba también el arrendamiento del oficio —si bien debió darse, como consecuencia del carácter patrimonial que había adquirido—.

Por su propia naturaleza, la retribución de estos oficios se percibía por el cobro de aranceles directamente a los particulares, de manera que los procesos constituían realmente una fuente de renta para los escribanos y su reparto oca-

5 Antonio Castillo, «Entre la necesidad y el placer...», p. 207. El profesor Castillo explica también cómo «En el Reino de Castilla, dicho organigrama se perfila desde los tiempos de doña Urraca y el rey Alfonso VII, en la primera mitad del siglo XII. Otro tanto acontece en Portugal donde está documentada desde el 3 de agosto de 1128. En Francia, hacia 1060, el rey Felipe I había nombrado canceller al Obispo de París...».

6 Antonio Castillo, «Entre la necesidad y el placer...», p. 209. Véase también Antonio Castillo, *Escrituras y escribientes. Prácticas de la Cultura Escrita en una Ciudad del Renacimiento*, Las Palmas de Gran Canaria, 1997, pp. 143-149.

7 Carlos Garriga, *La Audiencia y las Chancillerías castellanas (1371-1525)*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1994, p. 303. «Como sucedió con otros oficios igualmente renunciables, esta figura debió de encubrir en ocasiones el comercio privado de las escribanías y receptorías, prohibido de derecho».

8 Carlos Garriga, *La Audiencia y las Chancillerías...*, p. 305.

sionaba conflictos entre los del mismo oficio, que venían a sumarse a los que, por sus competencias, enfrentaban a escribanos del número, escribanos del crimen, escribanos de la Audiencia...⁹.

El cargo de escribano se especializó muy tempranamente, si bien —tras ser examinados por el Consejo— su desempeño requería siempre licencia y título real. Se distinguían escribanos de cámara que atendían directamente la documentación real, y escribanos públicos que ejercían en las ciudades, villas y lugares de los reinos. Al conceder el Consejo —en nombre de la Corona— el correspondiente título¹⁰, otorgaba igualmente el signo personal que utilizaría en el desempeño de sus funciones y el nombramiento con la asignación de la plaza en la que ejercería su oficio de escribanía, desempeñando un puesto como escribano de cámara en los consejos, de las chancillerías y audiencias, del crimen, del número —que podían ejercer en una población—, de ayuntamiento —sirviendo a un concejo como institución—, etc.¹¹

Pero, además, la necesidad de la escritura fue penetrando, a lo largo de ese mismo período de transición en toda Europa, en la vida de los particulares, en los ámbitos privados. Y lo hizo también a través de escritos como las actas notariales. Por supuesto, las nacientes monarquías nacionales fueron conscientes de ese desarrollo y trataron de controlarlo y dirigirlo. Así, en el Imperio, entre los siglos XV y XVI fueron frecuentes las protestas por la incapacidad de los notarios, lo que no hace sino testimoniar una crisis de crecimiento, a la que el poder intentó dar respuesta cuando, en 1512, el emperador Maximiliano reglamentó el acceso a la profesión notarial y su ejercicio. Igual empeño de tutela por parte de las monarquías vemos en otros lugares, como en Francia donde, frente a los notarios apostólicos del Midi, los reyes impusieron la superioridad del notario real, restringiendo al tiempo en lo posible las competencias de los notarios señoriales. Como es bien sabido, tampoco estos oficios escaparon de los arbitrios que los poderes reales pusieron en práctica ante las necesidades de allegar recursos económicos, y fueron frecuentemente vendidos en excesivo número o se reservó a algunos escribanos la ela-

9 Para paliarlo, en la Audiencia de Valladolid se creó la figura de un repartidor de los procesos. Carlos Garriga, *La Audiencia y las chancillerías...*, pp. 306-308.

10 En Archivo Histórico Nacional (AHN), *Consejos suprimidos*, Libros de Justicia 640-648 nos encontramos registradas las concesiones de títulos de notarios, escribanos, venias, etc. para los años 1593-1640.

11 Enrique Villalba, *La administración de la Justicia Penal en Castilla y en la Corte a comienzos del siglo XVII*, Madrid: Actas, 1993, p. 237.

boración de determinados documentos como los inventarios de bienes *post-mortem*¹².

Los nuevos retos a los que se enfrentaban las monarquías a comienzos de la Edad Moderna en el proceso de extensión y consolidación de su poder precisaban de renovados recursos de control. Entre ellos, sin duda, el recurso a la escritura fue obligado y de enorme utilidad para imponerse sobre las limitaciones de tiempo y espacio en sus dominios, o en la constitución de una burocracia «levantada sobre papeles y hombres de pluma», que procuraban la información para tomar las decisiones y se ocupaban también de difundirlas y explicarlas¹³. Así pues, el papel que los escribanos representaron en esas circunstancias fue esencial. No sólo al formar parte importante de ese engranaje de lo escrito, que encadenaba a la sociedad y a la administración, sino al conformar en buena medida el patrón de la verdad de la escritura, o al menos el *cambio oficial* de esa verdad.

II. MADRID, LA CORTE Y LOS ESCRIBANOS

Al hablar de las competencias de los escribanos públicos, hemos de tener en cuenta que, a menudo, existió una clara rivalidad entre éstos, notarios apostólicos y escribanos reales. En general, por la pretensión de los reales de ejercer las mismas atribuciones que competían a los escribanos públicos¹⁴.

El caso de Madrid no puede ser diferente y el de la Corte ha de ser forzosamente aún más complejo. Así, en el siglo XV había en la villa de Madrid escribanos públicos y también numerosos escribanos reales¹⁵. No obstante, al parecer, no hubo conflictos de importancia entre ellos en esa época. Sí fue produciéndose, como era habitual, una estrecha relación entre los escribanos de concejo y el desempeño de otros oficios concejiles y una vinculación de los mismos con la oligarquía urbana¹⁶, como ocurre con otras instituciones y cargos de la Corte.

12 Henri-Jean Martin, *Historia y poderes de lo escrito*, Gijón: Trea, 1999, p. 273. Como señala este destacado especialista: «Hay un atractivo estudio por hacer sobre la diversidad de actitud de los pueblos y de las regiones frente a estas intrusiones de la escritura».

13 Fernando J. Bouza Álvarez, *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la alta edad moderna (siglos XV-XVII)*, Madrid: Síntesis, 1992, p. 87.

14 M.^a Pilar Rábade, *Orígenes del notariado madrileño...*, p. 113. Véase sobre las diferencias entre escribanos públicos y escribanos reales: José Bono Huerta, *Historia del Derecho notarial español...*, vol. II, pp. 295-ss.

15 M.^a Pilar Rábade, *Orígenes del notariado madrileño...*, p. 114; Antonio Matilla Tascón, *Noticias de escribanos y notarios de Madrid*, Madrid, 1989, p. 12.

16 M.^a Pilar Rábade, *Orígenes del notariado madrileño...*, pp. 138-171.

En la transición de los siglos medievales a los modernos, las condiciones para afrontar las transformaciones que traían consigo los nuevos tiempos y, en particular, los enormes cambios que el siglo XVI reservaba a Madrid, parecían idóneas en este terreno: «un notariado consolidado, unos escribanos públicos que gozaban de arraigo y prestigio en la villa». En efecto, su principal avatar, el establecimiento de la Corte en 1561, afectó a todos los grupos sociales y a todos los escalones de la administración madrileña, incluido por supuesto su notariado, formándose «una heterogénea multitud de escribanos o notarios, que va a ser característica del Madrid de los Austrias, pero que sólo fue posible gracias al sólido edificio notarial que se había edificado a lo largo del siglo XV»¹⁷.

Por lo que respecta a los escribanos del número en el Madrid de finales del siglo XVI y principios del XVII, presentes ya en la práctica totalidad de los ámbitos sociales de entonces, comenzaron poco a poco a diversificar la materia de sus competencias hasta adquirir un mayor grado de especialización. Habitualmente, las dos escribanías del ayuntamiento recaían en ellos¹⁸. En el marco de ese proceso, se reguló, en 1569, la dedicación del escribano del juzgado de fieles; en 1589, se proveyó por primera vez un escribano de registros de censos y tributos perpetuos, al quitar y de por vida —funciones ejercidas con anterioridad extraordinariamente por un regidor y un escribano del concejo—; en 1590, se designó un escribano de rentas, y, más tarde, uno de millones y otro de seguros¹⁹.

Las competencias de los escribanos del número eran muy diversas, consolidándose entre 1588 y 1592, frente a las pretensiones profesionales de escribanos reales y escribanos de provincia. Se les reconoció especialmente el privilegio de todas las escrituras de venta y censo y otras que tenían perpetuidad, y la facultad de abrir testamentos y codicilos. Merced a una provisión real de 3 de marzo de 1592, las competencias se repartieron del siguiente modo²⁰:

¹⁷ Manuel Andrino Hernández, «La presencia notarial en el Madrid de los Austrias», en *Historia y documentación notarial en el Madrid del Siglo de Oro...*, pp. 185-252.

M.^a Pilar Rábade, *Orígenes del notariado madrileño...*, p. 196.

¹⁸ Así se desprende de una petición que presentó Madrid en 1582, a raíz de los inconvenientes en la vista a los términos de la villa causados por el escribano del concejo, que no era de los del número.

¹⁹ Ana Guerrero Mayllo, *El Gobierno Municipal de Madrid (1560-1606)*, Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1993, p. 38.

²⁰ Ana Guerrero Mayllo, *El Gobierno Municipal...*, pp. 38-39.

REPARTO DE COMPETENCIAS ENTRE ESCRIBANOS

Escribanos del número

- Contratos entre partes.
- Venta de bienes raíces.
- Imposición, reconocimiento y redención de censos perpetuos, al quitar y de por vida, juros, oficios públicos así como trueques, trasposos y renunciaciones de los mismos.
- Recepciones en conventos de frailes y monjas.
- Testamentos, codicilos y facultad para abrirlos.
- Inventarios y particiones de bienes judiciales y extrajudiciales.
- Dotes, arras y promesas de cumplirlas.
- Repudiaciones de herencias. Poderes en causa propia de cosas.
- Transacciones y compromisos.

Escribanos reales

- Obligaciones y contratos de mercaderías, plata, oro y dineros prestados.
- Testamentos y codicilos.
- Arrendamientos de casas.
- Encomiendas de dehesas y sotos.
- Ventas de esclavos, bestias, ganados y otros bienes muebles.
- Asientos de soldados.
- Tasaciones y almonedas extrajudiciales.
- Cartas de pago.
- Poderes para cobros y pleitos.
- Aceptación de poderes, libranzas, testimonios y requerimientos.
- Obligaciones de alquileres.

Los escribanos del Ayuntamiento realizaban tareas tan variadas como la redacción de diversos libros de contenido municipal —entre ellos, las Actas de las sesiones del Concejo, llevadas por duplicado por dos escribanos—, el acompañamiento en comisiones de regidores y oficiales del Concejo a fin de testimoniar lo que acontecía en ellas, asistencia a los pleitos promovidos por la villa, etc.

Como vimos que ocurría en otros países, la Corona, también en Madrid, abusó con frecuencia de la venta de escribanías del número, particularmente desde el acrecentamiento de 1557. Así, si en 1561 existían diez de ellas, a finales de siglo eran ya 22 y los escribanos de la Tierra nada menos que 56. Si bien estos escribanos argüían en su descargo que los escribanos reales eran abundantísimos en la Corte.

La preocupación que las continuas protestas que se escuchaban en las reuniones del Ayuntamiento dejaban traslucir respondía, por una parte, al riesgo de disminución de la rentabilidad de sus oficios si se incrementaba el número de los escribanos y, en consecuencia, disminuían los servicios realizados por cada uno y el cobro de los mismos, pero, por otra, también a las reclamaciones e intentos de los concejos de adquisición de las escribanías públicas —como antes hicieron con las del ayuntamiento—, lo que

suponía un muy lucrativo negocio, ya que sus precios en Madrid eran muy altos²¹.

Los titulares de estos oficios permanecían poco en ellos, se observa una gran movilidad mediante el sistema de las renunciaciones. En buena medida, los períodos de desempeño del cargo eran cortos por la necesidad de obtener beneficio del mismo con rapidez y mediante su venta, puesto que estaba prohibido servir las escribanías mediante arrendamiento —pero sí por un teniente—. De modo que hay una proliferación de ceses y nombramientos muy frecuentes, a menudo a favor de las mismas personas. Esta situación se entiende aún mejor si tenemos en cuenta que cuatro o cinco familias controlaron las escribanías madrileñas, manteniendo además vínculos —a menudo incluso de parentesco— entre ellas (los Testa, los Monzón, los Riaño, los Henao, los Martínez...) y sirviéndose de los traspasos directos a sus hijos o de los matrimonios entre sus miembros para perpetuar ese dominio. Con relativa frecuencia el oficio de escribano sirvió, además, de peldaño para acceder a una regiduría madrileña; lo que venía a completar un círculo forjado con las estrechas relaciones que establecieron con las familias más influyentes de la oligarquía de la Villa²².

III. LOS ESCRIBANOS DEL CRIMEN DE LA CORTE

Los escribanos y la Sala de Alcaldes de Casa y Corte

Con el establecimiento de la Corte en Madrid, se asentó institucionalmente en ella la Sala de alcaldes de Casa y Corte, organismo que algunos autores llegan a considerar una suerte de ayuntamiento paralelo²³ —lo que da idea de los con-

21 Se pagaban 750.000 maravedíes por las escribanías del ayuntamiento, mientras que el precio de las del número rondaba en torno al millón y medio —llegando a alcanzar, en 1588, 1.875.000 maravedíes—. Esas cantidades se superaban ampliamente en las escribanías de censos, seguros, millones, etc. (una escribanía de registro costaba 6.200 ducados; la de provincias, aproximadamente, 16.100 ducados, la de millones, 11.200 ducados), Ana Guerrero Mayllo, *El Gobierno Municipal...*, pp. 39-40. Cabrera de Córdoba nos ofrece datos coincidentes con éstos: «En las Chancillerías hay escribanos nombrados, que llaman receptores, para ir a hacer las probanzas de los procesos y las demás diligencias que ordenan las Audiencias, de las cuales hay número y son oficios que se venden; lo cual nunca se había platicado en la Corte, sino que los presidentes nombraban los que querían y se ha dado por arbitrio a S.M., que podrá sacar de esto mas de 400.000 ducados, nombrando por agora cien escribanos, para que de ellos los presidentes de los Consejos hayan de enviar a los hombres de negocios y no a otros, que por lo menos se venderá cada oficio en 4 ó 5.000 ducados», Luis Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, Prefacio de Ricardo García Cárcel, Salamanca: Junta de Castilla y León, 1997 (Edición facsímil de la de Madrid de 1857), pp. 551-552, Madrid, 5 de abril de 1614.

22 Ana Guerrero Mayllo, *El Gobierno Municipal...*, p. 40.

23 Mauro Hernández, *A la sombra de la Corona. Poder y oligarquía urbana (Madrid, 1606-1808)*, Madrid: Siglo XXI, 1995, p. 19.

flictos que se suscitarían entre ella y el verdadero consistorio madrileño en todos los niveles²⁴— y que se ocupaba del control socio-económico, de la prevención y orden público y de la justicia allá donde se asentara la Corte, con una estrecha vinculación y dependencia del Consejo de Castilla. Su importancia es capital al definir los sistemas de control social y conformar el orden policial, gracias a sus peculiaridades jurídicas y su enorme poder de actuación judicial, que supo imponer con autoridad sobre Madrid.

La Sala contaba también, como es natural, un cuerpo de escribanos. Se trataba de los llamados escribanos del crimen y de los oficiales que servían en sus escribanías, además de algunos otros, especialmente los llamados escribanos receptores. A finales del siglo XVI y principios del XVII la Sala contaba con cuatro escribanos del crimen y se pretendió limitar a seis el número de oficiales que cada uno de ellos podía tener, como veremos más adelante.

Los escribanos de la Sala se ocupaban de registrar cuanto sucedía en los procesos, acompañaban a alcaldes y alguaciles para dar testimonio y fe de lo que ocurría en rondas, registros, visitas, prisiones, solturas, peritajes, tasaciones, notificaciones o cualquier otra actuación propia de sus competencias. Es fácil deducir la extensión de su poder y el consiguiente riesgo de que pudieran excederse en su ejercicio —lo que, si atendemos a su reputación, parece que hicieron con frecuencia²⁵.

Los escribanos participaban, pues, de todas las actividades y competencias propias de la Sala de alcaldes de Casa y Corte. Pongamos algún ejemplo: su presencia en las importantes actividades de control sobre la población.

A partir de una minuciosa y extensa «Relación de lo que conviene hacerse para tener la noticia necessaria de los que residen en la Corte y de los que entraren de nuevo y de los que conviene que salgan della», propuesta en 1618 por el Consejo de Castilla²⁶, la Sala intentó llevar a cabo esa inspección proponiendo organizarla a partir de los *cuarteles* —cuarteles y rondas eran las dos

24 Sobre el Madrid de la época y sus instituciones cortesanas y municipales pueden verse, además: Alfredo Alvar Ezquerro, *El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606*, Madrid: Turner, 1989; Ana Guerrero Mayllo, *El Gobierno Municipal...; El impacto de la Corte en Castilla. Madrid y su territorio en la época moderna*, dir. José Miguel López García, Madrid: Siglo XXI, 1998; María José del Río Barredo, *Madrid, Urbs Regia. La capital ceremonial de la Monarquía Católica*, Madrid: Marcial Pons, 2000; Rosa Isabel Sánchez Gómez, *Estudio institucional de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte durante el reinado de Carlos II*, Madrid: Ministerio del Interior, 1989; Enrique Villalba, *La administración de la Justicia...*

25 Ángel Alloza, *La vara quebrada de la justicia. Un estudio histórico sobre la delincuencia madrileña entre los siglos XVI y XVIII*, Madrid: Los Libros de la Catarata, 2000, pp. 35-36.

26 AHN, *Consejos*, libro 1205, ff. 237-240, 1618, junio, 3, Madrid.

medidas de vigilancia más destacadas en la Corte²⁷— ya existentes. De manera que constituiría una junta formada por los seis alcaldes como representantes de la inspección en sus respectivos distritos y por un consejero de la Sala de Gobierno del de Castilla como superintendente, en cuya casa se reunirían semanalmente. Esa división territorial, en busca de una mayor eficacia, se reproducía también dentro de cada cuartel, que sería dividido —para ese reconocimiento— en veedurías a cargo de doce alguaciles por cuartel, obligados a vivir en las calles de su correspondiente veeduría.

Una vez hecha esa estructuración, para proceder a tener conocimiento de los residentes, a cada alguacil se le designaría un escribano y ambos harían el registro de las casas de su veeduría y de los vecinos y moradores que hubiese en ellas, reseñando no sólo su nombre, sino también «el oficio o ocupación que cada uno tubiere», registrando asimismo los criados y criadas de cada casa y los que estuvieren en las posadas como huéspedes, señalando qué negocio les llevó a Madrid, «poniendo a calle hita todas las casas de sus calles». Con estos datos, el escribano debía llevar un libro con la cuenta de todas las personas de cada casa, anotando la «mudança que ubiere de los veçinos moradores, criadas y huespedes de la tal cassa assi por muerte y salirse del lugar como por mudarse a otra cassa aora sea en calle de su veedoría aora lo sea en calles del mismo quartel o en calles de los demas quarteles». De modo que no se trataba sólo de saber el número de habitantes y la población de paso que había en Madrid, sino de controlar efectivamente sus movimientos, conociendo cuáles eran sus oficios o cuáles las razones que les conducían a la Corte, así como sus traslados dentro de ella, que serían comprobados por el alguacil y escribano en cada veeduría en visitas quincenales, tras las que registrarían en un libro los cambios que hubieran encontrado.

Incluso, los que estuvieran como huéspedes en una posada o sometidos en una casa al cabeza de familia como parientes o criados necesitarían para ir a vivir a otra posada o casa o a servir a otro amo un «alvala firmado del alguacil y escribano de aquella veeduría», responsabilizándose al cabeza de casa o huésped de la posada si no se solicitaban dichos albalaes de licencia.

De las novedades que encontrasen cada quince días, el escribano debía sacar una relación y llevarla al escribano del cuartel que tendría que «yr haciendo legajos de las relaciones que se le fueren dando de cada veeduría». Estos seis escribanos de los cuarteles deberían reunirse dos días después de cada una de las visitas en casa del escribano del alcalde más antiguo y consignar las relaciones que les hubieren entregado en cada veeduría. Dos días después, los

27 Enrique Villalba, *La administración de la Justicia...*, pp. 161-168.

escribanos de cada cuartel tendrían que acudir a su alcalde a recibir las órdenes y mandamientos de prender o multar a los infractores descubiertos por los escribanos de cuartel en la junta de las visitas, siendo ejecutados por cada alguacil y escribano, señalando en su siguiente relación qué se había cumplido y qué no de tales mandamientos para que el escribano del cuartel pudiera anotarlos en el libro de las órdenes y resoluciones.

El escribano del alcalde más antiguo llevaría razón en un libro de los pagos que se recibieran, las cuentas correspondientes a las penas pecuniarias ejecutadas, los cargos de los alguaciles, recibir cartas de pago, dar libranzas, etc. Una parte de lo recaudado serviría para pagar a los escribanos.

Estaba previsto que en la Junta de Registros —que harían los alcaldes y el consejero-superintendente— se resolvieran las quejas contra escribanos y alguaciles.

¿Qué más se podía pedir, pues, a esa junta para dominar la vida cotidiana de la villa? Pues, únicamente, que los alguaciles y escribanos se ocupasen de «lo tocante a linpieça, empedrados, poliçia y limites», tal como, en efecto, se propuso.

En ese sentido también, los alcaldes reiteraron en diversas ocasiones la necesidad de que los escribanos del crimen tomaran las señas de los condenados a destierro de la Corte y anotaran la causa por la que iban desterrados para intentar garantizar el cumplimiento de dicha pena²⁸.

Por último, en relación con la otra medida de vigilancia, las *rondas nocturnas*, se estableció que en cada uno de los cuarteles debía aposentarse un escribano del crimen, con dos de sus oficiales para que el alcalde y los alguaciles pudieran acudir fácilmente a ellos²⁹. Para incentivar su dedicación en este menester se estableció un depósito de cien ducados en la escribanía de los alcaldes para premiar a aquellos que apresaran a delincuentes destacados.

Sus competencias de acompañamiento y notificación, su presencia en los actos de la Sala, les llevaban incluso a compartir algunos de los riesgos que corrían los alcaldes o los alguaciles. Así ocurrió, por ejemplo, en este caso recogido por Cabrera de Córdoba, que nos da idea, por una parte de los peligros que podía suponer el ejercicio de su oficio, y, por otra, de la dureza de la justicia al perseguir a quienes atentaran contra un escribano, aún tratándose de un destacado aristócrata:

Ha sucedido que cierto escribano fue a notificar al duque de Maqueda una provisión del Consejo Real, y después de haberle dado lugar para ello y volviéndose, dicen que salió el Duque con tres o cuatro criados al camino por donde iba, y en cierto monte le dieron

28 AHN, *Consejos*, libro 1202, f. 79, 1613, septiembre, 7, Madrid. Auto de la Sala.

29 N.R., II, 6, 20, punto 1.

muchos palos que lo dejaron por muerto; sobre lo cual el Consejo envió un alcalde de Corte a Torrijos, donde residía, y le dejó la villa por cárcel, mas en volviendo las espaldas se vino a presentar en el Consejo de Órdenes, por ser del hábito de Santiago, y lo enviaron preso al monasterio de San Francisco de Alcalá. El Consejo Real tornó a enviar al alcalde a Torrijos, el cual procede de sus términos contra el Duque y sus criados, y por haberse ausentado le ha ocupado el Estado con la jurisdicción y renta, por donde quedará bien castigado, primero que se acabe el negocio³⁰.

No se trata de un caso excepcional, pues encontramos varios más de escribanos agredidos —maltratados de palabra³¹, heridos³², apedreados³³...— o que sufren algún incidente delictivo relacionado con su oficio³⁴.

IV. LA TRANSGRESIÓN

La mala fama de los escribanos: su imagen literaria

Mencionamos con anterioridad la pésima reputación que blasonaba a los escribanos; en efecto, el escribano era uno de los personajes más impopulares de la administración, no sólo por la frecuencia de sus excesos o las cantidades que percibía, sino porque, como intermediario imprescindible en los actos de naturaleza jurídica, debía despertar notable temor y desconfianza, especialmente para la mayoría de la población escasamente alfabetizada que había de fiarse a su intervención en sus relaciones con la escritura y con la justicia, para quienes constituía la cara más cercana de una burocracia que se les hacía temible, pues a menudo ignoraban los verdaderos límites de su poder³⁵.

A los excesos y transgresiones cometidos en la época por los delincuentes o los pícaros, contribuía, sin duda, la actitud de buena parte de las autoridades, por acción o por omisión³⁶. Esa connivencia o actitud corrupta y delictiva apa-

30 Luis Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas...*, 22 de noviembre de 1608, p. 355.

31 Es el caso del escribano de la Sala de alcaldes de casa y corte Juan Enríquez, maltratado de palabra por el vicario general de la villa, doctor Cetina, en 1607, AHN, *Consejos*, Inventario General de Causas Criminales, libro 2784, 1607.

32 AHN, *Consejos*, Inventario General de Causas Criminales, libro 2784, 1616.

33 AHN, *Consejos*, Inventario General de Causas Criminales, libro 2785, 1620.

34 De nuevo Juan Enríquez (quien como veremos, a su vez, tiene frecuente protagonismo transgresor) aparece afectado por un hurto de «una porzion de procesos criminales y otros papeles de su oficio». Parece que se trataría de un robo «por encargo», pues figura un encausado por el hurto y un grupo de nueve personas por haber comprado dichos papeles, AHN, *Consejos*, Inventario General de Causas Criminales, libro 2784, 1613, f. 249.

35 Enrique Villalba, *La administración de la Justicia...*, p. 237.

36 Deleito hablaba ya de «justicia apicarada», José Deleito y Piñuela, *La mala vida en la España de Felipe IV*, Madrid: Alianza, 1987, pp. 135-139. Todo ello les hace merecedores de unas denomi-

rece, por supuesto, reflejada en la literatura³⁷, con críticas a los jueces, a los alguaciles y también —y en lugar destacado— a los escribanos:

Guzmán de Alfarache refiere numerosas prevaricaciones de los supuestos servidores de la justicia. Así:

En causas criminales, donde la calle de la justicia es ancha y larga, puede con mucha facilidad ir el juez donde quisiera... Puede francamente alargar el brazo y dar la mano, y aun de manera que se le quede lo que pusiéredes en ella; y el que no quisiera perecer, dóyselo por consejo: que al juez, dorarle los libros, y *al escribano, hacerle la pluma de plata*, y echao a dormir, que no es necesario procurador ni letrado. (Parte II, lib. II, cap. III).

Insiste Guzmán acerca de los escribanos:

Ni sé cómo se confiesan ni quién los absuelve, porque informan y escriben lo que se les antoja, y por dos ducados, o por complacer al amigo, y aun a la amiga (que negociaban mucho los mantos), quitan las vidas, las honras y las haciendas, dando puerta a infinito número de pecados. (Parte I, lib. I, cap. I).

Y aún más: «el tener compadres escribanos es conforme al dinero con que cada uno pleitea». De ese modo, no es extraño que en un pleito voluminoso «cada uno que lo pedía para llevarlo a su letrado, temblaba»; y una vez solucionado el juicio dice Guzmán: «salí de la cárcel, quedando el escribano el mejor librado» (Libro II, cap. III, vol II).

naciones en germanía: «Los escribanos, entre otros nombres, recibieron los de tintero, pintos, los ringlones (Quevedo), lima sorda (Quiñones de Benavente)... En fin al conjunto del pleito lo llaman sanguijuela, por razones obvias». El soborno «era “la unta” o “dar tapabocas Bartolo” (Estebanillo González); “untar” o “dar ungüento” (Cervantes, *La ilustre fregona*); “pagar la patente”, “firmar el semblante de bolsa”, “repasar las manos”, “untar las manos”, “comprar” y “la ventosa” son los términos que dedica Quevedo a estas transacciones», César Hernández González y Beatriz Sanz Alonso, *Germanía y sociedad en los Siglos de Oro. La cárcel de Sevilla*, Valladolid: Universidad, 1999, p. 143.

³⁷ En general, hay diferencia entre el teatro y el resto de la literatura en el modo de criticar la administración de justicia en su conjunto. «El teatro suele ser en este punto más respetuoso con los servidores de la justicia. No hay aquí las admoniciones y reprimendas contra la corrupción de jueces, y muy especialmente de escribanos, que se dan en la novela o en la literatura picaresca», José Luis Bermejo Cabrero, «Justicia penal y teatro barroco», en Francisco Tomás y Valiente y otros, *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid: Alianza Universidad, 1990, pp. 91-108, p. 107. Obviamente, es bien distinta la intención del teatro de la de la novela picaresca. Sostenedor de las estructuras políticas y sociales, «justiciero» —en el sentido de la justicia poética— el primero, desgarrada y más dispuesta a la denuncia —aún con moralina— la segunda. También F. J. Alamillo Sanz, *La administración de Justicia en los clásicos españoles*, Madrid: Civitas, 1996; Diego Navarro Bonilla, «Todo por escrito...», Lía Schwartz, «El letrado en la sátira de Quevedo», *Hispanic Review*, 54 (1986), pp. 27-46.

Comportamientos delictivos que a continuación veremos bien documentados aparecen también reflejados. Si con frecuencia los escribanos actuaban en colaboración con otros servidores de la ley y la justicia, especialmente con alguaciles, Cervantes nos muestra en *El coloquio de los perros* la connivencia de un alguacil y un escribano con varios rufianes. Quevedo en *Cosas más corrientes en Madrid y que más se usan* incluye —en una relación ordenada alfabéticamente—: «E. Escribanos, cuya pluma pinta, según moja en la bolsa del pretendiente»³⁸.

Comentarios jocosos que los muestran como la peor especie de las que poblaban despachos y tribunales son también habituales y Quevedo, claro, es reincidente. Así en *El Buscón*: «No falta el Señor a los cuervos ni a los grajos *ni aun a los escribanos*, ¿y había de faltar a los traspillados?»³⁹. Les acusa asimismo de aborrecer la verdad —siendo su principal responsabilidad salvaguardarla—: «Tres cosas, las mejores del mundo, aborrecen sumamente tres géneros de gentes: la salud, los médicos; la paz, los soldados; la verdad, algunos escribanos y letrados»⁴⁰. En *El sueño del Juicio Final*, los tacha de ladrones y, al acudir el día del Juicio ante el tribunal, cuenta «cómo una gran chusma de escribanos andaba huyendo de sus orejas, deseando no las llevar por no oír lo que esperaban; mas solos fueron sin ellas los que acá las habían perdido por ladrones, que por descuido no fueron todos»⁴¹. Y cuando les llegó el turno ante el tribunal, los demonios los acusaron con los mismos procesos que ellos habían hecho en su vida, diciendo lo primero: «éstos, Señor, la mayor culpa suya es ser escribanos». Los acusados trataron de defenderse con mentiras, lo que llevó «a Judas tan cerca de atreverse a entrar en juicio, y a Mahoma y a Lutero, animados de ver salvar a un escribano»⁴².

En *El sueño del Infierno*, Quevedo, extrañado de no encontrarlos en lugar tan apropiado para ellos como el camino al Averno, pregunta por qué no ha visto allí ningún escribano. Su guía le responde: «el no haber escribanos por el camino de la perdición no es porque infinitísimos que son malos no vienen acá por él, sino porque es tanta la prisa con que vienen, que volar y llegar y entrar es todo uno, tales plumas tienen ellos, y así no se ven en el camino»⁴³.

38 Citado por José Deleito y Piñuela, *La mala vida...*, p. 183.

39 Francisco de Quevedo, *La vida del buscón llamado don Pablos*, III, cap. II.

40 Francisco de Quevedo, «Libro de todas las cosas y otras muchas más, con la aguja de navegar cultos», en *Obras festivas*, Madrid: Castalia, 1981, p. 115.

41 Francisco de Quevedo, «El sueño del juicio final», en *Sueños y discursos*, Madrid: Castalia, 1990, p. 73.

42 Francisco de Quevedo, «El sueño del juicio final»..., pp. 81-82.

43 Francisco de Quevedo, «El sueño del Infierno», en *Sueños y discursos...*, pp. 138-139.

En *El alguacil endemoniado*, el espíritu del diablo que ocupa el cuerpo del alguacil cuenta algunas de sus diabólicas estrategias para hacer buena cosecha: «Los jueces son nuestros faisanes, nuestros platos regalados, y la simiente que más provecho y fruto nos da a los diablos; porque de cada juez que sembramos, cogemos seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil negociantes, y esto cada día. De cada escribano cogemos veinte oficiales; de cada oficial, treinta alguaciles; de cada alguacil diez corchetes. Y si el año es fértil de trampas, no hay trojes en el infierno donde recoger el fruto de un mal ministro»⁴⁴.

En definitiva, no es extraño que al sorprender a los escribanos la quevedesca *Hora* tornase su pluma en remo, condenándolos a galeras⁴⁵.

Estas críticas se convirtieron en un lugar común, transitado también por escritores más o menos costumbristas como Francisco Santos que cuenta cómo un escribano exige dinero a un preso para examinar a un testigo diciendo: «A mi no me han dado blanca alguna, y no viendo luz, yo no acierto a escribir, aunque fuera para mi padre», «vuesa merced busque dinero y tendrá buen pleito». Y, en efecto, gracias al soborno, «no le fiscaleó el alguacil, y el escribano había escrito con pluma suave»⁴⁶.

Abusos y actividad delictiva: ejemplos

A pesar del carácter pleiteador de la sociedad castellana, estudiado por Kagan, y quizá por eso mismo, todo lo relacionado con pleitos, abogados, escribanos... provocaba más bien rechazo y desagrado entre la población⁴⁷.

Mucho se ha insistido en la excesiva burocratización de la administración hispana en esta época, en el progresivo proceso de ralentización en los procedimientos y de proliferación de los trámites y producción documental. Al margen de lo inevitable de buena parte de ese papeleo y aún de lo evitable del debido estrictamente a una propensión al exceso en las prácticas administrativas, los escribanos contribuyeron también al incremento desorbitado de ese océano de papeles. Lo hicieron por sus pretensiones económicas, por su codicia a la hora de redactar o copiar escrituras y por sus actividades y ejercicios abusivos o corruptos.

44 Francisco de Quevedo, «El alguacil endemoniado», en *Sueños y discursos...*, pp. 99.

45 Francisco de Quevedo, *La hora de todos y la Fortuna con seso*, Madrid: Castalia, 1987, p. 73.

46 Francisco Santos, *Día y noche de Madrid* (1666), Madrid: Comunidad Autónoma de Madrid, 1992, pp. 98-99.

47 Richard L. Kagan, *Pleitos y pleiteantes en Castilla, 1500-1700*, Salamanca: Junta de Castilla y León, 1981, p. 41.

Estos excesos eran posibles entre otras cosas porque por sus servicios percibían una remuneración directa y recordemos que con frecuencia habían comprado sus cargos. Para evitarlos en la medida de lo posible, la Corona fijaba un arancel público, con el importe máximo que había de pagarse por cada intervención notarial. Ha de tenerse en cuenta que la mediación de los escribanos era imprescindible, entre otras cosas, en las relaciones de la sociedad con las instituciones y, desde luego, con la justicia y que, por tanto, no podían imponerse costas muy elevadas. Por ello, la monarquía intentó garantizar siempre el acceso a la Justicia y a otros servicios documentales que precisaban de refrendo notarial con derechos intencionadamente reducidos. Pero, obviamente, ese interés real no coincidía con el de estos servidores, que esperaban recuperar su desembolso en la adquisición del cargo o pensaban más en su beneficio económico que en sus obligaciones de servicio público. Fueron reiteradas sus peticiones de un aumento de tarifas, pero también la firmeza de la Corona al no acceder a sus pretensiones. No obstante, los escribanos no renunciaron a hacer más lucrativa su dedicación, aún recurriendo para ello a medios fraudulentos.

Uno de los recursos de los escribanos fue tan ingenioso como extendido, valiéndose de su propia arma, la pluma. Puesto que los escribanos cobraban por página, procuraron engrosar los documentos que pasaban por sus manos para de ese modo aumentar sus ingresos, si no ilegalmente sí aplicando una evidente picaresca escrituraria. Ya a lo largo del siglo XVI, comienza a observarse un alargamiento en su caligrafía, de manera que cada vez era menor el número de palabras por línea y de líneas por página. Tanto que lo escrito cubría apenas la mitad, en algunos casos no más de un cuarto de cada hoja, y muchas más páginas, en todo caso, de las que antes eran precisas. Al tiempo, era frecuente que las últimas páginas tuvieran sólo unas pocas líneas⁴⁸.

Esta práctica abusiva fue tan universal que incluso se incluye en la voz «Escrivano» del *Tesoro de la Lengua* de Covarrubias, que no tiene desperdicio:

Escrivano. «Este nombre se dixo de escribir, y en general compete a diferentes personas; primero a todo hombre de cuenta y razón, fuera del villano que no sabe leer ni escribir, después a los que tienen oficio que ganan de comer por la pluma, dichos escritores y copistas, oficiales de escritorios. Antiguamente, y antes de que huviesse impresión, ganavan muchos

⁴⁸ Richard L. Kagan, *Pleitos y pleiteantes...*, p. 59. Cita una visita a la Chancillería vallisoletana en la que se critica «que los receptores y escribanos escriban más de lo que es necesario para el negocio, porque ganen los oficiales, que los pleitos no se hicieron para los oficiales sino los oficiales para los pleitos». De ahí también que sea habitual encontrar tan sólo unas pocas líneas en las últimas páginas, Marvin Lunenfeld, *Los corregidores de Isabel la Católica*, Barcelona: Labor, 1989, p. 115.

su vida a escribir y copiar libros, y algunos se llamaron notarios, los cuales ivan escribiendo con tanta presteza, que seguían al que iba orando o recitando [...]. Llámase también notarios los que escribían en los tribunales los autos públicos [...]. Estos y todos los demás que escribían con velocidad usaban la letra por parte y muchas abreviaturas que precisamente se llaman notas, de donde tomaron el nombre de notarios. *Muy al revés lo hacen los escribanos de nuestro tiempo, que en lugar de letra por parte escriben parte por renglón, cosa digna de castigo, y no se repara en ello, porque no le deven hallar remedio. Ay diferentes oficios de escribanos: reales, del número, de provincia, de Ayuntamiento, etc. [...]*».

Otra práctica habitual, que suponía incumplimiento de sus obligaciones, era la de servirse de sustitutos para que ejercieran el oficio junto a su titular, lo que estaba prohibido pero se daba con frecuencia⁴⁹.

Pese a lo dicho con anterioridad y a las estrictas prohibiciones legales al respecto, es prácticamente generalizada en los escribanos de todo tipo la tendencia al cobro excesivo de derechos, con el consiguiente perjuicio para los particulares que tenían que acudir a ellos. En primer término, debían ser moderados en los derechos que percibían de las partes, ateniéndose a los aranceles fijados, pero sus abusos al respecto son frecuentemente denunciados⁵⁰, «porque ni se guardan aranceles, ni prematicas, ni juramentos, ni quantas traças y remedios se ordenan por los señores del Consejo»⁵¹; o bien, otras veces, incrementaban sus ingresos cobrando un mismo trabajo por separado a cada una de las partes implicadas en

49 Carlos Garriga, *La Audiencia y las Chancillerías...*, p. 306, lo documenta en los escribanos del crimen de las chancillerías, pero debió ser común.

50 Así lo hace, por ejemplo, Bernardino de Sandoval cuando escribe: «Deben ser moderados en los derechos que reciben de las partes. Porque aunque es justo que de su trabajo se les pague el premio que merescen, y ansi esta rescebido en el derecho, pero no ha de ser notablemente mayor del que se les debe [...]. Aunque las partes voluntariamente se lo diesen estándoles señalado salario público, según la sentencia rescebida. Y lo mismo se ha de entender, quando les estan tassados los derechos por el que tiene poder para ello, porque entonces no podran llevar mas que conforme a la tasación que se les ha hecho Salvo si por haverse años ha, por la variedad de los tiempos, pareciere ser muy baxa porque en este caso podrían llevar algo mas de lo que en el arancel antiguo se tasa...», Bernardino de Sandoval, *Tratado del cuidado que se debe tener de los presos pobres, en que se trata ser obra pia proveer a las necessidades que padescen en las carceles, y que en muchas maneras pueden ser ayudados de sus próximos, y de las personas que tienen obligación a favorecerlos, y de otras cosas importantes en este propósito*, Toledo: Miguel Ferrer, 1564 (ed. facsímil, Valencia: Librerías París-Valencia, 1997), ff. 44 v. y 45 r.

51 Jerónimo Castillo de Bovadilla, *Política para corregidores y señores de vasallos, en tiempos de paz y de guerra y para jueces eclesiásticos y seglares y de sacas, aduanas y de residencias, y sus oficiales, y para regidores y abogados, y del valor de los corregimientos y gobiernos realengos y de las Órdenes* (1597), Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1978 (ed. facsímil de la de Amberes: Juan Bautista Verdussen, 1704, 2 tomos), libro III, capítulo XIV, 37, p. 249. Entre otras cosas, no podían llevar derechos por la busca de las escrituras, ni por mostrar los registros, ni podían dar ningún auto sin mandato del juez, p. 251.

un pleito o un contrato. No podían tampoco llevar derechos ni costas a los pobres, «aunque a los escribanos algunas veces se les haze demasidamente aspero esto»⁵².

Las visitas llevadas a cabo a diversas instituciones —las que se hicieron a las chancillerías, la que veremos a los escribanos del crimen de la Corte...— muestran siempre todo tipo de corruptelas y negligencias, corroboradas también por otros textos de la época, lo que hace pensar que «incluso en términos más generales no parece que estos Oficios fueran bien servidos por sus titulares, a menudo indiciados de negligencia»⁵³. En este sentido, se les reitera la obligación de servir personalmente el oficio, que no «asienten los autos en papelejos, sino en processos, y en peticiones presentadas en juicio, o en manuales y de alli los passen aquel mesmo dia a los processos, sin faltar cosa alguna»⁵⁴; que deben llevar «registro de las escripturas que han pasado ante ellos»⁵⁵.

En ocasiones, sus negligencias y abusos alcanzan también la esencia de su oficio, la fidelidad de la palabra, la certificación de la verdad escrita, su independencia y honestidad en los casos y actividades que pasan ante ellos, involu-crándose incluso en robos o fraudes de distinta cuantía⁵⁶. Así, Castillo de Bovadilla tiene que recordar a los corregidores que no permitan a los escribanos ser abogados, ni intervenir a favor de los litigantes, ya que «suelen ser terceros de los cohechos, baraterías, y extorsiones que los juezes cometen, porque lo que ellos no osan pedir lo piden los escribanos [...] y amenazan a los litigantes que perderan los pleytos...»; algunos «suelen ser sospechosos en la verdad de lo que passa ante ellos, y ambiciosos de que se entienda que ellos aconsejan y gobiernan al juez»⁵⁷, porque, en efecto, la extensión abusiva de su poder, el temor inducido y la connivencia con otras instancias o autoridades administrativas o judiciales eran frecuentes en estas actividades transgresoras.

Control y castigo de sus excesos: el caso de la visita de 1608

En su registro del 25 de octubre de 1608 incluye Cabrera de Córdoba —entre la estancia de la Reina en El Escorial, achaques de algunos nobles y bodas de otros— la siguiente anotación:

52 Bernardino de Sandoval, *Tratado del cuidado...*, f. 46 r.

53 Carlos Garriga, *La Audiencia y las chancillertas...*, p. 308.

54 Jerónimo Castillo de Bovadilla, *Política para corregidores...*, p. 248.

55 Bernardino de Sandoval, *Tratado del cuidado...*, f. 44 v.

56 Marvin Lunenfeld, *Los corregidores de Isabel la Católica...*, p. 115.

57 Jerónimo Castillo de Bovadilla, *Política para corregidores...*, p. 248.

Con la entrada del nuevo Presidente de Castilla⁵⁸, se atiende a reformar todo lo que tiene necesidad, y porque *eran grandes las quejas que había de los escribanos de provincia y del crimen*, y alguaciles por donde se administra la justicia, se ha comenzado por ellos, *poniéndolos en visita*; y para que se les puedan hacer los cargos con más libertad, los han mandado salir diez leguas de la Corte, y de los alguaciles han mandado salir treinta, porque los demás sirven entretanto, que serán hasta cuarenta y nueve, y también los mandarán salir después, con que se procura *remediar los excesos de esta gente que tratan escandalizada la Corte*⁵⁹.

Debió ser, pues, acontecimiento que llamó la atención y ejemplo de las reformas que se pretendían. Nótese que el Presidente de Castilla conocía bien la cuestión pues sólo dos años antes era alcalde de Casa y Corte.

La documentación de la visita⁶⁰ la hemos hallado entre los papeles del Consejo de Castilla⁶¹ y, ciertamente, responde a las expectativas que suscita y

⁵⁸ Cabrera registró en 23 de diciembre de 1606 el nombramiento del alcalde de Casa y Corte Don Pedro Manso como Presidente de la Chancillería de Valladolid. Y en 30 de agosto de 1608 el nombramiento de D. Pedro Manso como Presidente del Consejo de Castilla: «lo cual ha causado admiración a todos por haber subido en menos de dos años de alcalde de corte a presidente de Castilla, si bien se dice que sus muchas partes merecen ocupar tan grande puesto; es de edad de cuarenta años». Al parecer, Don Pedro Manso, pese a su juventud, tuvo problemas de salud. En 25 de septiembre de 1610, consigna Cabrera: «la enfermedad del Presidente de Castilla pasa todavía adelante con sus melancolías, y se ha venido a decir que es de hechizos de mujeres, y se le hacen beneficios para ello, tomando ocasión de haberse hecho cierta cárcel de mujeres que llaman galera, adonde condenan las que viven con escándalo, por el tiempo que parece; pero no se le ha conocido hasta agora mejoría de consideración, antes si se le conoce alguna por la mañana, a la tarde vuelve a estar peor, y esto es lo más ordinario, y así se entiende que nombrarán otro presidente muy en breve». Y, en efecto, en 20 de noviembre de 1610, anota: «Hase tenido por muy acertada la provisión del Presidente don Juan de Acuña, para el Consejo Real...».

⁵⁹ Luis Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas...*, p. 353.

⁶⁰ Sobre los orígenes de las visitas dice García de Valdeavellano: «en la Administración del Estado leonés-castellano, la gestión de los oficiales públicos quedó sometida durante la Baja Edad Media a la inspección de comisionados o delegados del Rey y ya en la segunda mitad del siglo XIII los Reyes de León y Castilla enviaban a las comarcas y poblaciones unos jueces reales («pesquisidores», «veedores»), que visitaban aquellas para informarse, mediante la oportuna «pesquisa» o indagación, acerca de la conducta de los oficiales públicos que regían y administraban los distritos administrativos. Estas visitas y pesquisas se fueron haciendo cada vez más frecuentes en el curso del siglo XIV y un «Ordenamiento» de Enrique II en las Cortes de Toro de 1371 preceptuó que «hombres buenos» designados por el Rey visitasen los distritos del Reino para inspeccionar la gestión de los Adelantados, Merinos y Alcaldes, con la facultad de sancionar a estos oficiales y la obligación de dar cuenta al monarca de su misión fiscalizadora. Un siglo después, los Reyes Católicos, en las Cortes de Toledo de 1480, precisaron las funciones de los inspectores reales y prescribieron que los mismos, repartidos por los distritos del Reino, debían hacer una visita anual por las comarcas confiadas a su inspección». Luis García de Valdeavellano, *Curso de Historia de las Instituciones españolas*, Madrid: Alianza Universidad Textos, 1986, p. 486.

⁶¹ AHN, *Consejos*, Consejo de Castilla, Residencias, pesquisas y visitas, leg. 41.379.

sirve de muy adecuada piedra de toque a lo que literatos y otros autores decían acerca del comportamiento de los escribanos.

En el nombramiento real del doctor Diego Daza como juez visitador en la Comisión para que investigara la situación de las escribanías del crimen de la Corte y tratase de poner orden ya se justificaba:

Nos somos informado que los scrivanos del crimen desta corte y sus ofiçiales no usan sus ofiços como deven ni con la fidelidad, rectitud y limpieça que son obligados y an llevado derechos demasiados de los procesos, autos y escrituras que ante ellos an pasado y hecho agravios a las personas que ante ellos los an tenido⁶².

Justificación que, en este caso, no debió ser sólo retórica documental, pues la referencia de Cabrera de Córdoba es bien explícita de una situación que debió rozar lo escandaloso y que colocó a los escribanos de la Corte en el punto de mira de las reformas emprendidas por el nuevo Presidente del Consejo de Castilla.

La visita responde al esquema habitual de este tipo de juicios (pues de tal se trata en realidad). La parte esencial del proceso se centra en los escribanos⁶³ y, además, en los oficiales del crimen⁶⁴ y escribanos receptores⁶⁵. Y, en cada uno de ellos, el esquema es el mismo: cargos, descargos, interrogatorio a los testigos (primero con las preguntas presentadas por el visitador y, después, con las respuestas de los testigos) y, por último, el fallo del juez visitador.

62 Enumera el documento a qué debe prestarse especial atención en la visita: «y agais ynformaçion y sepais como y de que manera cumplen sus ofiços y si en el exercicio dellos an guardado el aranzel por donde an de llevar sus derechos y si los an llevado demasiados y en que cantidad y a que personas y si los an asentado en los procesos como por nos esta mandado y si an llevado cohechos y a quien y que otros excesos an cometido en sus ofiços y que agravios y bexaciones an hecho y de todo demas que os pareçiere aver la dicha ynformaçion...».

63 Los escribanos del crimen titulares de la Corte —o de la Sala— visitados fueron Juan Enríquez, Juan de Mendiola, Juan de Piña y Bartolomé López de Vitoria.

64 Los oficiales del crimen que aparecen en la visita son Antonio Velázquez, Diego Hernández, Francisco López, Juan de Villafañe, Nicasio Nieto, Lorenzo de Urbina, Pastor de Arcaeta, Juan Bautista, Francisco de Brizuela, Juan Sánchez, Francisco Rico, Juan de Uriarte, Juan de Novoa, Nicolás de Cepeda, Roque López, Jusepe de la Peña, Juan de Avellaneda, Sebastián González, Manuel de Rueda, Antonio del Castillo, Alonso García, Juan López Hurtado, Pedro de San Juan, Gaspar Cobián, Hernando de Piña, Juan correo, Pedro de Mendiola, Francisco de la Maza y Juan de Camiergo.

65 Como tales figuran Manuel de Pernia, Diego de Monzón, Simón Leonero, Gerónimo Camacho, Francisco de Salamanca, Bartolomé Texerina, García de Arredondo y Pedro de Teras. Aparecen también otros escribanos sin especificar: Fernando de Velasco —«escribano que a escripto en los ofiços del crimen desta corte»—, Alonso de la Vega, Cebrián González —«escribano que suele andar en los escriptorios del crimen desta corte»—, Juan de Soto y Jacome Alonso de Venavides.

Encontramos también otra documentación complementaria, compuesta fundamentalmente por unos cuadernos de autos de la comisión que contienen, por ejemplo, el mencionado nombramiento real del doctor Daza como juez visitador, así como autos sobre cómo se realizó la visita, notificaciones, etc., y, por otra parte, otros documentos con las averiguaciones de Daza en Torrejón de Velasco, Getafe, Fuenlabrada, Móstoles y otros lugares de las cinco leguas.

Parece, como dijimos, que no se trata de una visita rutinaria, sino de una investigación a partir de ciertas denuncias o presunciones derivadas de una continuada situación de abusos manifiestos. De ahí, posiblemente, su minuciosidad extrema.

Las principales faltas, abusos y delitos que se les imputan en los cargos son, en líneas generales, coincidentes. Tomaremos como ejemplo la visita al escribano Juan de Piña por ser la más completa y exhaustiva⁶⁶. Podríamos clasificar esos cargos —sólo a efectos prácticos— en tres tipos⁶⁷:

EXCESOS ECONÓMICOS

1. Cobrar con exceso y desigualdad en los pleitos.
5. Quedarse con costas y cobrar por unos pleitos criminales.
8. Llevar derechos demasiados por encima del arancel real.
9. Introducir una nueva imposición para los receptores que salen a los lugares con comisiones que cobraban para los escribanos sin que éstos hicieran nada en la comisión⁶⁸.

66 A ella referiremos las citas textuales siguientes. Hacia 1608, cuenta Alonso de Contreras en su autobiografía cómo fue hecho preso en Hornachos por un alguacil de corte, encarcelado por un alcalde (López Madera —el célebre jurista encabezó la comisión que se encargó del conocido asunto de los moriscos de Hornachos—) que lo interrogó junto con un «secretario de lo criminal, que se llamaba Juan de Piña, que me tomó confesión de verbo a verbo». *Aventuras del capitán Alonso de Contreras*, Madrid: Revista de Occidente, 1943, p. 126. Por cierto, que el episodio de estas memorias es totalmente verosímil, porque efectivamente Juan de Piña, en la apelación que presenta tiempo después, arguye que durante la visita estaba «en la villa de Hornachos con el licenciado Gregorio López Madera alcalde de la casa y corte de V.A. en la comisión que allí tubo en que me ocupe como tal scrivano». Además, el citado capitán Contreras debió tener una cierta relación con él porque más adelante explica cómo —a raíz de otro problema con la justicia cortesana— se le hizo una detallada información: «Esto lo supe después, cuando me lo contó el secretario Piña», p. 138.

67 La numeración precedente a cada uno de los cargos se corresponde con la de los del citado Juan de Piña.

68 Así redacta Daza el cargo, dejando de paso al descubierto parte de esa trama en la que se veían involucrados diversos oficios —aquí los receptores— y lazos familiares: «Hazeselo cargo de la nueva ynpusicion yntroducida por el y por los demas escrivanos del crimen por los receptores que salen a los lugares con comisiones los quales demas de cobrar sus salarios y muchas vezes

CORRUPCIÓN

2. Llevar más dinero por usar con uno «cierto género de cortesías».
3. En un proceso contra unos caballeros aceptar sobornar al relator y oficiales para su soltura a la primera vista.
4. Soltar a un preso con fianza, sin que en el proceso estén registrados ni el decreto de soltura ni la fianza.
6. Recibir dineros por aceptar fianzas y proceder a solturas.
7. «Se hiço perdediço el proceso» de una causa principal estando el preso condenado, «provocando gran dilación».
17. Abuso de autoridad hasta el extremo de atemorizar a la gente con amenazas⁶⁹.
19. Usa de solicitadores que van a la cárcel «solicitos del dinero de los presos»⁷⁰.

NEGLIGENCIAS

10. No autorizar procesos con su firma.
11. No hacer personalmente los traslados de sentencias y acuerdos⁷¹.
12. No hacer personalmente el examen de testigos⁷².
13. No asentar los derechos en los procesos.

ecçesivos piden y cobran para los escrivanos del crimen muchas cantidades de maravedis sin haver escripto en ello cosa alguna mas dela forma dela comision = en particular fue hernando de piña su hermano a un lugar por febrero deste año y cobro çient reales de un testigo para su por su salario y para el dicho Juan de Piña».

69 «...por aver estendido su autoridad y poder a mas de lo que es su ofiçio tiene la gente tanto temor que no se atreven contra el ni contra los demas escrivanos del crimen y esto se estiende a todos estados de gentes y se agrava con las *amenazas de que no an de aprovechar las visitas* y que acavadas se an de vengar con mayor crueldad y abrasara todos los que les ovieren sido contrarios por cualquier caussa aunque sea pequeña y que an de bolver a destruir los ombres si no queda puesto rremedio perpetuo como lo diçen testigos...». Este cargo se incluye literalmente en los de los cuatros escribanos del crimen titulares de la Corte —el propio Juan de Piña, Juan Enríquez, Juan de Mendiola y Bartolomé de Vitoria.

70 «...y que con figura de haçerles bien le haçen para si mismos y son ministros de los dichos escrivanos del crimen porque luego que se manda soltar el preso acuden a el sin ser llamados ni neçesarios, pues como ellos mismos an testificado en esta visita pocos son los presos que no tengan ningunos parientes o amigos que soliciten su soltura y por los solos podria el procurador de los pobres con poco mas salario hazer este ofiçio de caridad con que cesaria la cobdiçia de los solicitadores y el agravio y queja de los presos que diçen muchos dellos en sus dichos que con el deseo de verse sueltos no reparan en darles quanto dinero les piden y tienen, y abria claridad de los derechos que se dan a los dichos escrivanos y no la confusion que ay resçiviendolos los dichos solicítadores para darselos = de lo qual resulta la neçesidad del rremedio».

71 Contraviniendo la ley 2ª, tit. 21, lib. 2º.

72 «...sino que estando el oçioso todo lo haçen sus ofiçiales como parece casi por todos los procesos de su ofiçio», contraviniendo la ley 15, tit. 7º, lib. 2º.

14. No poner la tasación de costas.
15. Servir su oficio por sustitutos⁷³.
16. No poner los autos y peticiones en la forma requerida.
18. No poner el arancel real en su escritorio.

En definitiva, en su práctica totalidad se trataba de obtener un lucro indebidamente, particularmente, excediéndose en el cobro de derechos, tasando mal las costas, a través de acuerdos con receptores y solicitadores para sacar más dinero a presos y testigos o incluso inventándose nuevas imposiciones.

A ello habría que añadir algunas faltas en el cumplimiento de su obligación, que implicaban negligencia. O, en general, una serie de abusos que suponían la extensión de su poder y la imposición de una ley del silencio, atemorizando a quienes de ellos dependían de uno u otro modo, como vimos.

En relación con esto último, recuérdese que los escribanos no eran unos funcionarios de nivel inferior, sino que tenían verdadero poder y dirigían una oficina desde la que podían imponer su voluntad e influir en la marcha de la justicia de muchas maneras⁷⁴.

Además, los escribanos de Corte estaban —y se sentían— integrados en la Sala de alcaldes de Casa y Corte y en su descargo acuden con frecuencia a las peculiaridades en el modo de hacer justicia de los alcaldes (admitido por la costumbre y un tanto al margen de lo que servía en el orden complejo)⁷⁵.

73 Hasta los extremos que cita el cargo: «...no pudiendo conforme a las leyes del Reyno servir su oficio por sustitutos sino por su persona le sirve por ellos casi en todo, despachando los oficiales las causas y firmar los mandamientos de soltura y cobrarlos dineros y se estiende esta ociosidad a que los solicitadores y procuradores escriven muchos mandamientos de soltura de manera que en muchas causas lleva los derechos sin haver escripto en ellas cosa alguna mas de la forma del mandamiento de soltura como pareze por los procesos referidos...».

74 Castillo de Bovadilla llega a opinar lo siguiente: «También nacen estos males del poco valor y pecho de algunos juezes en sufrir y tolerar los excessos de los escrivanos, porque los tienen miedo, por ser como son sus testigos continuos y algunos dellos espías y escuchas de sus vidas...», Jerónimo Castillo de Bovadilla, *Política para corregidores...*, p. 249.

75 Así, podemos leer en los descargos presentados por Juan de Piña: «mi parte esta libre del [cargo 11] porque en la sala de los señores ay costumbre y estilo muy antiguo quen saliendo los dichos señores de la visita los oficiales sacan del libro del acuerdo los acuerdos y sentencias y los propietarios los corrigen y firman» o «...y los señores alcaldes despachan con ellos sumarias y plenarias ynformaciones y otros muchos autos y aßen las rronδας y el dicho mi parte todo el dia por la mañana y tarde asiste en la sala de los señores alcaldes y su escriptorio escribiendo por su persona las cosas que se ofreçen dando buen despacho a los negoçios [cargo 12]» o «lo niego [el cargo 15] en nombre de mi parte porque por su persona sirve su oficio sin poner sustituto si no es en algunas ausencias en que a ydo con comisiones con los señores alcaldes fuera desta corte» o [en el cargo 19] «los solicitadores les nombran los señores alcaldes y mi parte no tiene parcialidad con ellos».

Y como testigos de su defensa citan a personas vinculadas a la administración⁷⁶.

Por último, la intención del visitador resulta, en cierto modo, contradictoria. Por una parte, investiga espoleado por la comisión del Presidente del Consejo de Castilla, por las denuncias y los testimonios que encuentra. Pero por otra se ve frenado por su propio desconocimiento del funcionamiento de la Sala, a cuyas disposiciones y costumbres apelan constantemente los escribanos; por el miedo de los testigos —que los escribanos niegan— que permite que los visitados puedan rechazar los cargos —incluido el de atemorizar— alegando que no se da a conocer el testigo; o por la pericia de los escribanos al utilizar argumentos legales. Y, sin embargo, observa la repetición de las mismas acusaciones para todos los escribanos, la actitud evasiva y legalista de sus descargos, o la propuesta de testigos generalmente vinculados a la Sala.

De modo que en sus fallos se limitará a censurar y multar procederes concretos y probados, pero no se atreverá a castigar comportamientos generales ni a cuestionar su profesionalidad, en buena medida por no enfrentarse con toda la justicia cortesana (muy relacionada en todas las declaraciones) y quizá por las propias consecuencias que para él pudiera tener.

Así, siguiendo con el citado ejemplo de Juan de Piña —pero algo similar ocurre con el resto de escribanos— de los veinte cargos que se presentan contra él, en 17 es considerado culpado, en dos es absuelto y el restante es remitido al Consejo⁷⁷. Por los cargos en los que se le culpa recibe seis apercibimientos y diez penas pecuniarias que, en total, ascienden a 168.700 maravedís, además de ser condenado en costas en 13 ducados. Pero la sentencia definitiva del Doctor Daza es la que sigue: «y con esto por lo demas y de las probanças de su descargo que en su favor rresultan le declaro por buen escrivano del crimen fiel y legal y de quien Su Magestad se puede servir en el dicho ofiçio y en otros de más calidad»⁷⁸.

76 Los testigos presentados por Juan de Piña, por ejemplo, fueron: Francisco de Aranda, relator de la cárcel real de la Corte; el licenciado Hernando de Parada, abogado en la Corte y antiguo relator en la cárcel real; Gerónimo de la Cueva, procurador de los Consejos; Juan Catalán, agente de negocios en la Corte; Martín de Camargo, contador real; Nicolás de Cepeda, escribano, oficial del propio Juan de Piña. Por supuesto, todos sus testimonios le fueron favorables.

77 Concretamente, el cargo 19 —el relativo a los solicitadores que acuden a la cárcel real—, del que el procurador de Juan de Piña decía como descargo que dichos solicitadores eran nombrados por los alcaldes de casa y corte. Daza falla sobre él lo siguiente —quizá un tanto desconcertado por un abuso manifiesto que parece originado en las prácticos de tan altos ministros de la Sala—: «que al cargo 19 que trata de los solicitadores rremito a los señores del Consejo la rreformacion de lo conthenido en el cargo».

78 En Madrid, a 12 de enero de 1609.

Un ejemplo muy significativo es el mencionado cargo 17 en el que se acusa a los escribanos de atemorizar a la gente con amenazas de venganzas y vejaciones para quienes declaren contra ellos. El descargo —como no podía ser de otro modo— sólo dice «no ay ni puede aber quien diga contra el dicho mi parte lo que el cargo concluye». Lo que podríamos tomar más seguramente como una confirmación de ese temor. Con respecto a él, el doctor Daza sentencia: «se le apercive y manda que de aqui adelante no eçeda de los terminos de su ofiçio y que le haga con tanta modestia y justificación que todos esten satisfechos y seguros y ninguno quexoso ni con ynjusto temor porque no lo haziendo ansi se procedera en ello con el rigor necesario».

El ejemplo cortesano que hemos estudiado confirma comportamientos que la literatura nos presenta y que autores de diverso género recogen también. Pero no es, ni mucho menos, único. Las visitas a las chancillerías y lo que en ellas se dice de los escribanos⁷⁹ y otras a diferentes escribanías por comisión del Consejo corroboran igualmente dicha imagen⁸⁰.

En todo caso, si hemos de atender a lo que escribía Castillo de Bovadilla:

ni bastan las visitas que hazen los juezes de comisión, antes quedan peores, y con insatiabiles codicias para supliir y reparar lo que ellos les llevan: y por estos excessos y robos que de ordinario se cometen por muchos escrivanos, los llamo Bartulo y otros, perros de las audiencias, y tragadores de los vecinos, y desolladores de los pobres⁸¹.

Por último, no quedan ahí los testimonios sobre las transgresiones de los escribanos. Son frecuentes las referencias en autos de los alcaldes⁸² y, de un

79 Así lo recogen en sus trabajos Richard L. Kagan, *Pleitos y pleiteantes...* y Carlos Garriga, *La Audiencia y las Chancillerías...*

80 AHN, *Consejos*, leg. 41.434 y 41.522, visita a los escribanos de la ciudad de Sevilla y sus distritos, 1630.

81 Jerónimo Castillo de Bovadilla, *Política para corregidores...*, p. 249.

82 Así, por ejemplo, los alcaldes, en 1607, mandaron apresar a Juan de Soto y Felipe de Escobar —que habían sido escribanos del crimen de la Corte— y a Bartolomé López de Vitoria —que lo era en ese momento— por retener unos pleitos que habían pasado por su oficio, concretamente: «los procesos de la declaración del alguacil Barrionuevo contra Juan calderon sobre mohatra —los del alguacil llerena sobre usuras señaladamente el de bonifaz de horgoechea que se saco de poder del licenciado brabo relator— el prozeso que hizo abellaneda escrivano sobre un hurto en que ubo embargo de bienes y entre ellos un talego de quinientos rreales — El proceso de la muerte que sucedió en la plazuela de santa maria de la ziuudad de Valladolid por los criados del marques de pescara y un hijo de una tabernera. — El proceso de la muerte que sucedió en Valladolid de un criado del marques de camarasa que al presente esta preso el matador — y ansi mismo mandaron que dentro de veinte dias entreguen todos los demas papeles del oficio al dicho Bartolomé lopez de vitoria y el los reciba por imbentario...», AHN, *Consejos*, Sala de Alcaldes de Casa y Corte, libro de gobierno 1200, f. 263r., 1607, noviembre, 14, Madrid.

estudio a partir de los datos del Inventario General de Causas Criminales de la Sala de alcaldes de Casa y Corte entre los años 1583 y 1621⁸³, resulta que la profesión que con más frecuencia aparece en dichas causas es precisamente la de escribano —junto a la de alguacil y, a veces, asociados ambos en una misma acción delictiva—. En esos años nos encontramos encausados por la Sala unos 120 escribanos. Aunque entre ellos no faltan los acusados de violencias o delitos contra la moral, la mayoría son inculpados por delitos relacionados con su oficio y reflejan las transgresiones y abusos que aquí hemos expuesto —algunos en connivencia con otros miembros del aparato jurídico-administrativo: alcaldes, porteros, pero sobre todo los citados alguaciles—. De ese modo, se recogen numerosos casos por faltar al cumplimiento de su obligación, excesos en sus oficios, estafas, engaños y falsedades, inducir o persuadir testigos falsos, hacer denuncias, prisiones o solturas de presos injustas, cohechos, etc.

A poner al descubierto el entramado que formaban los escribanos entre sí y la conciencia o percepción que podían tener los demás de su poder contribuyen casos como la querrela de Isabel López contra Francisco López, oficial del escribano del crimen Juan de Enríquez⁸⁴. En ella denuncia la desaparición de un proceso que pasó ante Bartolomé de Vitoria —otro de nuestros escribanos del crimen— en el que constaba cómo a Constanza Rodríguez, portuguesa, que se encargaba de proporcionar amas de cría, le encomendaron para ello una niña de seis meses, y la niña desapareció. La madre recurrió y reclamó a los alcaldes. Al parecer, la tuvo escondida en su casa el escribano Juan Enríquez «hasta que por cosas que callo que el dicho secretario hizo y la dicha portuguesa se alaba que teniendo ella al secretario Enríquez que no se le da nada de todos los alcaldes». Fue llevada a la cárcel y sobre un mandamiento de los alcaldes acerca de cómo acomodaban las amas «dixo que no se le dava nada de los alcaldes que la guar-

83 Enrique Villalba, *Mujeres y orden social en Madrid. Delincuencia femenina en el cambio de coyuntura finisecular (1580-1630)*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1993; «Marginación y delincuencia», en *El Madrid de Calderón y Velázquez. Villa y Corte en el siglo XVII*, Madrid: Ayuntamiento de Madrid, Fundación de Caja de Madrid, 2001, 2 vols., I, pp. 169-180.

84 AHN, *Consejos*, Consejo de Castilla, Residencias, pesquisas y visitas, leg. 41.379.2 (1608). Por cierto, este Juan Enríquez figura —ya como «escribano de camara de la sala» inculpad en 1602 «por no haver cumplido lo que por ella se le mandó», AHN, *Consejos*, Inventario General de Causas Criminales, libro 2783, 1602. Su vida, en efecto, debió resultar agitada puesto que en 1607 se acusó al doctor Cetina, vicario general de la villa, «sobre haber maltratado de palabra al escribano de camara de la sala Juan Enríquez». Y, en 1613, un grupo amplio es encausado «sobre haver hurtado una porzion de procesos criminales y otros papeles del oficio de Juan Enríquez, escribano de cmara de la Sala, y los demás por haverlos comprado», AHN, *Consejos*, Inventario General de Causas Criminales, libro 2784, f. 249.

dase dios a su secretario enríquez que la librería de todo». Y parece que tenía motivos para pensar así, pues «presa en la cárcel de corte luego que lo supieron los dichos secretarios llamaron al dicho alguacil y la mandan yr a dormir a su casa [...] y dixerón en la sala de los alcaldes que no era nada y la hecharon libre los dichos alcaldes».

Se aplica bien aquí eso de «sospechosos en la verdad de lo que passa ante ellos, y ambiciosos de que se entienda que ellos aconsejan y gobiernan al juez» que escribe Castillo de Bovadilla⁸⁵.

V. CONCLUSIONES

Ha de entenderse lo expuesto en el marco del pulso entre la Corona y muchos de sus oficiales, de unas situaciones en las que, con frecuencia, no había una distinción clara de los intereses —y aún del patrimonio— privados y propios de los públicos y administrados. Y, por tanto, tampoco de los ingresos y beneficios de otra índole que podían obtenerse en el ejercicio de dichos oficios y cargos.

El poder debía cuidar de que una administración en crecimiento funcionara, contando para ello con servidores que dieran credibilidad a las instituciones y que cumplieran mínimamente con sus obligaciones, si no por convicción de sus deberes en el servicio público sí, al menos, por unas suficientes compensaciones económicas —reforzadas a menudo con parcelas de poder y de prestigio—. Dicha situación se agravaba con la venta masiva de oficios, aún los más delicados —como los vinculados con la justicia o con la fidelidad de los registros, expedientes o procesos—, que propiciaba la metamorfosis de sus ocupantes en inversores que buscaban la rentabilidad por encima del interés público o de la Corona.

En ese campo se movieron muchas de las intervenciones judiciales y de vigilancia de la Monarquía, como las citadas visitas. Fueron un modo de hacer presente la sombra del control regio ante la sociedad para transmitir una cierta garantía de justicia y de poder, y ante los oficiales de la administración como advertencia de que sus abusos y excesos eran conocidos y tolerados sólo en la medida en que no fueran tan escandalosos como para amenazar el respeto a la Administración y el delicado equilibrio establecido.

En el caso de los escribanos esa ambigüedad era aún mayor: el control sobre la palabra escrita, la capacidad de convertirla en verdad documentada y garantizada a través del tiempo y los lugares en nombre del rey, resultaba esencial y su moneda de cambio era la confianza. La Corona debía intervenir para

85 Jerónimo Castillo de Bovadilla, *Política para corregidores...*, Libro III: De la Política. Capítulo XIV, punto 36, p. 248.

mantenerla (aunque fuera a veces pura ficción) pero no podía extralimitarse en su intromisión ante el riesgo de dejar al descubierto la auténtica verdad de estos fedatarios públicos, a los que, por otra parte, había de contentar económicamente —y no podía hacerlo con unos aranceles que resultaran abusivamente elevados para la mayor parte de la sociedad ni con salarios excesivos—.

Desde esta perspectiva no han de extrañar los abusos y excesos que aquí se describen y menos aún la extraordinaria benevolencia con que son juzgados. No se trataba de que no se conocieran —los jueces daban con todos ellos— o de que no estuvieran claros deberes y obligaciones —la legislación y numerosos autores, como vimos, los especificaban—, sino de un modo de mantener el equilibrio necesario para sostener en pie una administración basada también en el privilegio, aún de un orden complejo y ambiguo.

RESUMEN

Tras unas consideraciones generales acerca de los escribanos en el Antiguo Régimen, el artículo se centra en los que ejercen en la Corte madrileña de los Austrias —sus clases y competencias— y particularmente en los escribanos del crimen. Dependientes de la Sala de alcaldes de casa y corte, sus atribuciones y libertad de acción eran muy extensos; como también los excesos, abusos y transgresiones que cometían —estudiados, por ejemplo, a partir de su imagen literaria o de una visita de 1608—, dentro de la lógica de la tolerancia que el poder mostraba hacia esos comportamientos ilícitos.

PALABRAS CLAVE

escribanos, corte, Siglo de Oro, transgresión

ABSTRACT

Following some general remarks on scribes during the Old Regime, the article focuses on the types and functions of scribes attached to the Habsburg court in Madrid, and in particular to its criminal tribunals. Working under the «Sala de alcaldes de casa y corte», the officers charged with oversight of matters affecting the court, these scribes were endowed with quite extensive powers and freedom of action. Hence too the many excesses, abuses and transgressions they committed, studied here in terms of their image in contemporary literature or as documented in a judicial visitation of 1608, which suggest an attitude of official tolerance of such illicit behavior.

KEYWORDS

scribes, court, Golden Age, crime